

El pasado es en blanco y negro, el presente en color. En el presente casi no quedan rastros del blanco y negro del pasado. Ni siquiera el blanco omnipresente de la nieve se parece. El blanco de la nieve en las fotos en blanco y negro del pasado no tiene que ver con el de las fotos en color del presente, donde tiene siempre matices que suavizan su desnudez, tonos rosados, intuiciones de verdes. El blanco y negro es la gama terminante de las fotografías en las fichas de los prisioneros y de los condenados, con su tenebrismo de celdas y de esos sótanos y patios de muros ciegos en los que sucedían las torturas y las ejecuciones. Pocas veces el arte de la fotografía es tan efectivo como cuando carece de cualquier intención estética. Pocas visiones de la condición humana son tan completas y tan aterradoras como la que ofrecen las fotos que los jemereros rojos solían tomar a sus víctimas inmediatamente antes de ejecutarlas. Algunos retratos de prisioneros sin nombre en las fichas del gulag poseen una presencia irrefutable de retratos de Rembrandt, personas que tuvieron una identidad igual de concreta que tú y que yo y que nos miran desde la lejanía del tiempo y el fondo de la infamia con miradas de acusación, de desafío, de indiferencia, casi nunca de miedo. Los retratos en color de gente de ahora no transmiten terror, ni necesidad extrema, pero sí una especie de desamparo, y un deterioro de las cosas. Los fantasmas de Solovki son todos en blanco y negro: sus herederos, o sucesores, parecen refugiados precarios en sus propias vidas, habitantes de prestado en cuartos llenos de cosas en los que todo está un poco manga por hombro, todo más gastado y de mala calidad bajo esa luz objetiva de invierno que entra por las ventanas, la luz de niebla del norte extremo, a la orilla de un mar brumoso que termina en las soledades del Círculo Polar. Hay mesas con hules, salitas donde están juntos el televisor y la nevera, como en las casas españolas de los años sesenta. Hay parques infantiles que no se sabe si en realidad son vertederos, y casas dispersas en paisajes nevados en las que brillan luces eléctricas en las ventanas, justo cuando empieza a caer la noche, en un silencio de

helada, interrumpido muchas veces por los silbidos de la ventisca y también por el tableteo de esas ventanas que tienen pinta de ajustar mal. Delante de una casa, en lo que parece el límite de un bosque, hay una cuerda de tender, con sábanas o lienzos blancos y verdes que se inclinan en el viento, en un campo nevado, huellas perceptibles y tenues de presencia humana, de normalidad doméstica erigida en el filo del mundo.

Despliego al azar sobre la mesa, a la luz del flexo, las copias de fotos con las que llevan no sé cuánto tiempo trabajando Rafael Trapiello y Juan Manuel Castro Prieto, las que han traído de sus viajes boreales. Sin que yo me lo proponga se mezclan las fotos del pasado en blanco y negro y las del ahora en color, la crónica del viaje de Trapiello y Castro Prieto por las islas casi polares de Solovki y la de su búsqueda por los archivos. Para mí es un experimento en el tiempo. Contrapuestas sin orden las fotos resaltan más las distancias temporales que las separan, y a la vez una unidad profunda, que es la del lugar, pero sobre todo la de las continuidades y las rupturas de la historia. Miro las fotos y también leo un libro, *Gulag*, de Anne Applebaum, que quizás es la historia más completa que se ha publicado sobre los campos soviéticos, al menos fuera de Rusia. El libro de Applebaum lo he leído y abandonado unas cuantas veces a lo largo de los años, admirado por el rigor de su investigación y la solidez de su relato, desolado por la inacabable sucesión de desdichas humanas que cuenta. En las fotos identifico lugares de aspecto neutro, incluso novelesco o poético, que fueron escenarios de los crímenes inauditos que se cuentan en el libro. En los sótanos de esa iglesia con torres macizas que se ven perfiladas contra la niebla y la luz débil del invierno ocurrieron escenas de crueldad, de tortura, de matanza, que la imaginación no puede concebir, y de las que no parece que quede huella visible. Las fotos son reveladoras, pero también amnésicas. Los verdugos sabían que cada víctima ejecutada de un tiro en la nuca o al cabo de un lento declive de agotamiento y de hambre era un testigo menos.

Cuando el crimen se organiza a una escala administrativa, con rigor, con método, los burócratas que lo ejercen se complacen en registrarlo todo. Actúan en secreto, pero levantan acta de su propia bestialidad, neutralizada y legitimada por la costumbre, que es más eficaz aún que la ideología como anestesiadora de conciencias. El sistema alemán de los campos de exterminio era una maquinaria administrativa formidable, que siguió funcionando a pleno rendimiento incluso en los días finales de caos y derrumbe militar de Alemania. Por una parte su finalidad última era acabar con las vidas y borrar todas las huellas de varios millones de seres humanos; por otra, la escala del empeño iba acompañada por un grado de complejidad burocrática y técnica que tenía un reflejo documental tan meticuloso como el de una gran empresa, un impecable proyecto gubernamental. Da la impresión de que hasta muy poco antes del final los responsables del Holocausto no tuvieron ningún miedo de ser castigados: a toda prisa intentaban destruir hornos crematorios y archivos a medida que se acercaba por el este el ejército soviético, pero el volumen de la documentación era tan inmenso que solo llegaron a destruir una pequeña parte.

Una paradoja igual actúa en el gulag. Invisibilidad y secreto, por un lado; registro escrupuloso, por otro. Ese es el mundo con el que se han encontrado Trapiello y Castro Prieto: han recogido testimonios y fotografiado lugares y pormenores que solo son residuos de un mundo enorme desaparecido. Han encontrado y despliegan para nosotros huellas materiales de lo que es un pasado en blanco y negro, pero lo que nos da la impresión de una riqueza enciclopédica son residuos de un mundo desaparecido. En primer lugar, porque el tamaño de ese mundo paralelo que Solzhenitzyn llamó el «Archipiélago gulag» es tan enorme que no hay manera humana de abarcarlo. Anne Applebaum contabiliza 476 campos, todos ellos levantados sobre el modelo de Solovki, y calcula que el número total de los prisioneros encerrados en ellos entre 1929 y 1953 superaría los dieciocho millones de personas. Cada una de ellas tuvo un nombre, una cara, una identidad: no podemos imaginar cuántas paredes de cuántos museos se llenarían con las fichas policiales de todos ellos. Una segunda razón de la escasez de testimonios e imágenes es la tradición soviética del secreto. Se sabe mucho menos de lo que podría saberse porque durante toda su historia el sistema de los campos fue territorio prohibido para quien no perteneciera a él como guardián o como víctima, como administrador o como preso. El impacto tremendo que tuvo en todas partes la publicación de *Un día en la vida de Iván Denisovich* provino en parte de que era el primer testimonio en primera persona que publicaba un antiguo prisionero. Las burocracias totalitarias muestran una gran creatividad inventando nombres respetables y perfectamente neutros para sus instituciones inhumanas.

Ese nombre, gulag, que para nosotros tiene un sonido tan amenazante, es el acrónimo en ruso de Administración Principal de los Campos. Solovki formaba parte de una organización llamada Campos de especial significación, de donde viene el acrónimo SLON. El disimulo verbal se corresponde con el hermetismo y con la extrema lejanía. Los campos tenían nombres cifrados y solían encontrarse a distancias inaccesibles. Y en ellos, recuerda Anne Applebaum, no entraron nunca equipos de filmación como los que atestiguaron para siempre, desde los primeros días de la liberación, la realidad inaudita de los campos alemanes.

Hay otro motivo añadido para tanta invisibilidad, al menos en Occidente: algunas de las personalidades más eminentes de la intelectualidad europea y americana, de las voces más apasionadas en la defensa de la justicia y el rechazo de toda opresión, no tuvieron el menor escrúpulo en mentir sobre la realidad de la Unión Soviética, o al menos en no enterarse de los horrores de los campos, a veces siquiera de su existencia. Quizás hubo algún caso de ingenuidad. Yo estoy convencido que la mayor parte de las veces la razón del silencio fue el cinismo, añadido al simple desprecio por los seres humanos concretos, que es tan cómodamente compatible con el amor por la humanidad. Escritores franceses, británicos, incluso españoles, que viajaron a la Unión Soviética en los tiempos más negros de las purgas, en el gran Terror de finales de los años 30, en las hambrunas medievales de Ucrania y otros territorios, a principios de la década, regresaban contando maravillas de aquel gran país del futuro, y con frecuencia incluían en sus crónicas menciones admiradas a su sistema de justicia penal, que estaba volcado no al castigo físico, sino a la reeducación de los descarriados. Que la palabra «reeducación» pudiera aplicarse a lo que sucedía en aquellos campos es una prueba de hasta dónde puede llegar la elasticidad mentirosa de las palabras.

Dice melancólicamente Cioran que el tiempo trabaja a favor de los tiranos y los genocidas. A nadie, escribió, le importan nada las montañas de cadáveres de Gengis Khan. Las vidas humanas son cortas, y muy frágiles. Hay dictaduras tan largas que generaciones enteras quedan sepultadas por ellas. Y, como nos recuerda Primo Levi, solo los que no han llegado al fondo del horror han podido sobrevivir y volver para contarlo. Son los salvados los que cuentan, y su visión es limitada. De los hundidos, por seguir usando el lenguaje de Levi, no queda nada. Y tampoco el testimonio de los salvados es suficiente, ni siquiera fiable del todo. Las personas pueden mentir, dice Levi, y aunque no quieran mentir olvidan con facilidad, y al cabo de unos pocos años su memoria empieza a apagarse, y luego se extingue del todo. Desaparecen las personas, y también los lugares, más rápido todavía en

esos climas extremos en los que se levantaban los campos del gulag, este Solovki boreal abatido por tempestades denieve, por fríos inconcebibles y calores de verano y de ciénaga. En la espesura de un bosque se borran muy pronto las señales de las tumbas. Las cruces de madera se pudren. Los techos de madera o de chapa se hunden. La vegetación conquista en unos pocos años ese claro en el que estuvo el campamento donde los prisioneros eran forzados a talar árboles hasta que caían al suelo muertos de debilidad, de hambre, de frío. En un corredor se suceden puertas de antiguas celdas tan despojadas de toda presencia como cámaras frigoríficas abandonadas hace mucho tiempo. Las fotos en blanco y negro, las fichas policiales, los periódicos de papel malo que se deshacen como arena por mucho cuidado que pongan en manejarlos los archiveros dan cuenta de una ínfima parte de todo lo que existió. En esos colores de invierno de las fotos de ahora lo que se ve sobre todo es la ausencia inmensa de todas las personas y todos los sufrimientos y todas las historias que tuvieron lugar aquí, y no han dejado rastro.

Para eso está el fotógrafo. Para mostrar lo que se ve «a simple vista» —aunque no hay nada menos simple— y sugerir al mismo tiempo lo que no se ve: señalar con el dedo, o con la cámara, o mejor todavía dar un golpe en la mesa, alzarse contra la amnesia que su propio trabajo está revelando. Tras un primer plano de unas chozas de madera medio derrumbadas se perfilan en la niebla las torres de esa fortaleza que fue monasterio y prisión, y en esa claridad tan pálida que no se sabe si es de amanecer tardío o de anochecer adelantado está toda la tristeza de un presente medio de ruinas y de abandono y un pasado que se levanta como una presencia opresora, sin rostro, sin compasión, sin variedad, inalterable al tiempo, inmune a lo azaroso de las vidas humanas. Se hundió el zarismo, llegó la revolución, se llenó de prisioneros y de guardias, quedó abandonada, murió Stalin, se derrumbó la Unión Soviética casi tan de un día para otro como había sucumbido del zarismo: y al cabo de un siglo entero de mortandades y de crímenes, de himnos y banderas, en la plaza del monasterio recobrado se ve la silueta embozada de un monje ortodoxo, con su capote negro y su gorro negro, con su contundencia física, como si todo este siglo no hubiera existido, porque este monje o pope se mueve con la misma arrogancia que sus predecesores de hace cien años, o trescientos años. Niñas de caras frescas y pañuelos a la cabeza murmuran cosas entre sí bajo los oros y los iconos de una iglesia, rodeadas por una estética y una iconografía que no han sufrido grandes variaciones en el último milenio. En ese momento el presente en color revela un mundo que parece precario y sin embargo es indestructible. Las banderas revolucionarias, los carteles de tipografía épica, el paraíso embustero de la revolución,

las caras de los prisioneros en las fichas: eso ha sido lo pasajero, lo que no ha dejado huella.

Ahora me doy cuenta, rodeado por las copias de las fotos, en un desorden que se agrava al mismo tiempo que yo escribo, de que lo que han hecho Juan Manuel Castro Prieto y Rafael Trapiello es algo muy antiguo, aunque haya sucedido casi ahora mismo: la crónica de un viaje a un extremo del mundo, que es uno de los relatos más primitivos que existen, y más perdurables. A veces no queda más remedio que viajar al fin del mundo, a las fronteras del otro. Es el viaje de los argonautas a la Cólquide, y el de los exploradores polares, desde Cook a Amundsen y Byrd, sin olvidar a los exploradores de la ficción, el Arthur Gordon Pyn de Poe y el capitán Hatteras de mi querido Julio Verne. Es el deseo de llegar donde no ha llegado nadie que uno conozca; el de visitar el reverso del mundo al que uno pertenece: la «aventura boreal» que el viejo Cervantes inventó para sus héroes juveniles y perfectos, Persiles y Sigismunda. Los dos tienen experiencias diversas, y complementarias. Ir por el mundo con una cámara de fotos es más comprometido todavía que ir con un cuaderno. Castro Prieto ha vuelto con memorables cuadernos fotográficos de las lejanías sentimentales de su pueblo natal y de los bosques de Nueva Guinea en los que siguen celebrándose, con la mansa ineficacia de toda liturgia religiosa, los cultos cargo, que prometen a sus fieles la llegada, o más bien el regreso, de aviones de carga americanos llenos de regalos prodigiosos. El viaje más hondo de Rafael Trapiello que yo conozco es el que le llevó a las profundidades submarinas de la noche de Madrid, más oscura todavía porque eligió retratarla en blanco y negro.

Ninguno de los dos me parece que haya llegado nunca tan lejos como en este viaje a Solovki: tan lejos en el pasado en blanco y negro y en la negrura del gulag; tan lejos en esos paisajes en los que cualquier figura humana adquiere un dramatismo de naufragio, y en los que toda presencia, toda memoria, se van disolviendo según la mirada del viaje va llegando más hacia el norte, hacia esos horizontes que terminan en la bruma y en las llanuras de nieve en las que se perdían para siempre sin rastro los exploradores polares del siglo xix, hacia ese arco iluminado a la entrada de una fortaleza que ha sido monasterio y prisión y castillo de irás y no volverás, hacia ese atardecer rosado en el que termina una carretera llena de baches, hacia la negrura absoluta en la que parece haberse sumergido el mundo, con un vislumbre de claro azulado de bosque muy lejos, con un cielo que no se sabe si es de amanecer, pero que sea lo que sea es una frontera más allá de la cual ya no puede seguir el viaje, ni puede haber más fotos, ni más imágenes, ningún recuerdo, solo el frío y el olvido de la desaparición.



DE ARRIBA A ABAJO Y DE IZQUIERDA A DERECHA Ígor Aleksandrovich Kurilko (1904), oficial del ejército zarista, fusilado en 1930; Vadim Karlovich Chejovski (1902), meteorólogo y químico, fusilado en Solovki en 1929; Aleksandr Petrovich Nogtev (1892), sanguinario primer director del Campo de especial significación de Solovki, fue arrestado en 1938 acusado de terrorismo y enviado a un campo en Krasnoiarsk, siendo liberado en la amnistía de 1945 y muriendo dos años más tarde en Moscú; Yevguenia Yaroslavskaia-Markon (1906), poeta y periodista, fusilada en Solovki en 1931. Gueorgui Mijailovich Osorguin (1893), oficial zarista, fusilado en Soloki en 1929.

FROM TOP TO BOTTOM AND LEFT TO RIGHT Igor Aleksandrovich Kurilko (1904), officer of the Czarist army, shot in 1930; Vadim Karlovich Chekhovski (1902), meteorologist and chemist, shot at Solovki in 1929; Aleksandr Petrovich Nogtev (1892), bloodthirsty first director of the Solovki Special Camp, arrested on terrorism charges in 1938 and sent to a camp in Krasnoyarsk (he was released in the amnesty of 1945 and died two years later in Moscow); Yevgenia Yaroslavskaia-Markon (1906), poet and journalist, shot at Solovki in 1931; Gueorgui Mikhailovich Osorgin (1893), Czarist officer, shot at Solovki in 1929.

DE ARRIBA A ABAJO Y DE IZQUIERDA A DERECHA Prisioneros cortando madera en uno de los bosques de Solovki; Vista general del monasterio ya convertido en prisión del Campo de especial significación de Solovki; Construcción de un tramo de ferrocarril entre la fábrica de ladrillos y el monasterio; Llegada en barco del escritor Maxim Gorki, a la derecha de la imagen, junto a Aleksandr Nogtev, segundo por la izquierda, en 1929. Gorki fue enviado por Stalin para escribir un ensayo que alabara el sistema de reeducación soviético, que estaba siendo duramente criticado por la comunidad internacional tras la terrible crónica *An Island Hell* publicada por S. A. Malsagoff, huido de Solovki unos años antes.

FROM TOP TO BOTTOM AND LEFT TO RIGHT Prisoners chopping wood in a forest at Solovki; General view of the monastery after its transformation into the Solovki Special Camp prison; Construction work on a stretch of railway between the brick factory and the monastery; Arrival of writer Maxim Gorki (on the right of the image) by boat in 1929, with Aleksandr Nogtev (second from left); Gorki was sent to the camp by Stalin to write an essay extolling the Soviet re-education system, which was being fiercely criticised in the international community following publication of *An Island Hell*, a horrifying account by S. A. Malsagoff, who had escaped from Solovki a few years earlier.





Calle Zaozornaya
Zaozornaya Road



Procesión de la Anunciación
Annunciation procession